

## RESEÑA DE LIBROS

### II. LINGÜÍSTICA

VILLAR, F. - PRÓSPER, B. M., *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*. Salamanca, Ediciones Universidad, 2005. 522 pp.

Amplio volumen en que dos autores bien conocidos en estos estudios avanzan nuevas ideas sobre los estratos preindoeuropeos en Europa y Asia anterior (Parte I, de F. Villar), sobre el celta y otras lenguas indoeuropeas en nuestra Península (Parte II, B. M. Prósper) y sobre el Vasco y las lenguas antiguas de su territorio en España (F. Villar). Son artículos diversos que se articulan para lograr un gran conjunto.

La Parte I se ocupa de los topónimos y la estratigrafía de las lenguas; los topónimos son nuestra mejor arma para explorar en profundidad las diversas lenguas que se han hablado en una región. Ese pre-indoeuropeo anterior a las lenguas indoeuropeas clásicas – germánico, celta, etc. – es conocido desde Krahe sobre todo y a él han dedicado muchos trabajos el autor y otros varios estudiosos. Aquí añade un tratamiento de varios grupos de topónimos: el de *Pisa* y derivados como *Pisoraca*, *Malaca* y nombres emparentados, el nombre de los *Arévacos* e hipótesis en torno al mismo, los nombres de Córcega (*Corsica*, *Kurnos*, etc.) y otros emparentados en Europa y Asia Menor, *Lutia* y nombres derivados como *Lutiacos*; y algunos otros más.

Trabajan siempre sobre la documentación antigua, pero también sobre la moderna, y aportan valiosas conclusiones sobre la sufijación del indoeuropeo y sobre las raíces a que estos sufijos se añadían y sobre las palabras compuestas en que entraban. Creo que todo esto es acertado, la reticencia de muchos indoeuropeístas no es sino parte del fenómeno del conservadurismo extremo en que ha caído esta Ciencia (en su conjunto, hay progreso en cambio en estudios sobre lenguas particulares).

Todo ello va acompañado de datos estadísticos, recopilaciones de materiales y valiosos mapas. Estos muestran que la expansión de estos topónimos no es uniforme: la de *uro*, *ura* ‘río’ alcanza a la India y el Norte de Africa, *pis* no penetra tanto en el Este, ni tampoco *mala*, *malaca*. Y hay una serie que es común a Italia y el NE de Hispania, también al Sur. El autor se contenta con señalar la indoeuropeidad formal y proponer el sentido original. No apuesta por un preindoeuropeo unitario, sino más bien por capas diferenciadas.

Todo esto es tan interesante como poco conocido. Cierto que hay dudas sobre la delimitación de lenguas y sobre detalles: *Μαλῶδες* en Hispania yo lo he derivado

del griego, por ejemplo. Y la semántica de esta raíz es demasiado fluctuante. Por otra parte, este es un estudio que hay que completar con otros del autor y de varios autores: yo me he ocupado, por ejemplo, de *tur* y *dur*, que creo he demostrado ser preceltas. Un estudio completo y sistemático no existe todavía.

Blanca María Prósper da un salto, en la Parte II, al celtibérico y lenguas celtas y emparentadas de la Península. Ofrece una serie de artículos basados en un estudio profundo bien sobre la fonética bien sobre la posible transcripción e interpretación de algunos bronce: así el de Cortono, el llamado bronce “res” y el de Luzaga. Hay mucha ganancia en esto, sobre todo para la morfología y la etimología celtas.

Como se sabe, hay mucha discusión sobre la relación del celtibérico con el lusitano, sobre si tenemos o no formas arcaicas del celta en la Península, etc. La autora insiste mucho en que no existen formas con *p-* en el celtibérico y el celta de la Península: a veces se han atribuido a arcaísmo o a dialectos celtas (ella afirma que las variantes del celta en la Península nacieron en ella, no son dialectos importados de fuera). Puede muy bien ser así, pero formas como *paramus* y *Pallantia* exigen una explicación, si no son celta arcaico por fuerza han de pertenecer al substrato preindoeuropeo. Por otra parte, la autora separa el celta de Hispania (celtibérico sobre todo) del lusitano-galaico.

Artículos importantes son estos. No menos los del profesor Villar, en la Parte III, sobre el vasco y su entorno. Ya se sabe que la antigua teoría vasco-iberista está abandonada hoy, pero lo que es menos divulgada es la escasez de los topónimos realmente vascos en el País Vasco español. El autor estudia esto, como es lógico, a partir de los topónimos transmitidos por fuentes antiguas. Más frecuentes son en Aquitania. En cambio, hay en nuestro País Vasco topónimos celtas, indoeuropeos y latinos. Y algunos antropónimos de varias lenguas, solo algunos eúskeras.

Por otra parte, Villar expone los estudios de genética que presentan al pueblo vasco como apenas diferenciado de otros que le rodean en el Occidente de Europa.

Todo esto ofrece dudas sobre el origen del Vasco. A la teoría de que es primigenio en la zona y, expulsado en algún momento de allí, fue reintroducido desde Aquitania (teoría de Gómez Moreno, Schmoll, Tovar, Michelena, Gorrochategui) se opone otra que afirma que los vascos son, en el territorio de Hispania, recientes, procedentes de Aquitania y llegados bien en los últimos siglos antes de la era cristiana, bien en el inicio de esta (siglos II-IV). A esta teoría se inclina Villar, no hay datos objetivos a favor de la otra.

Con lo cual, de otra parte, el problema no hace sino desplazarse: ¿cuál es el origen de los vascos de Aquitania? Los posibles parentescos lingüísticos del vasco no son estudiados aquí.

Libro interesante, libro sugestivo, que habrá que tomar, necesariamente, en cuenta en cualquier estudio sobre los primitivos pueblos hispánicos y sus lenguas. Y en cualquier estudio sobre el sustrato preindoeuropeo.

Unos índices muy completos y bien hechos cierran el libro.

FRANCISCO R. ADRADOS

MATASOVIĆ, RANKO, *Gender in Indoeuropean*. Heidelberg, Universtätsverlag Winter, 2005. 252 pp.

Libro interesante este, pero que no saca explícitamente las conclusiones que de él fácilmente se obtienen. Estudia el género en las lenguas indoeuropeas, desde las más antiguas a la actualidad. Y plantea el problema del género y sus aspectos tipológicos en todas las lenguas del mundo.

Los capítulos más interesantes de todos son, dentro de la Parte II, p. 33 ss. («Gender in Indo-European Languages»), el 2.1 («Anatolian») y el 2.2 («Excursus: the alleged traces of the Feminine in Anatolian»). A partir de la existencia, bien conocida, en hetita, de un género común y uno neutro, examina los intentos de varios lingüistas de hallar trazas del femenino en el propio hetita. Niega su validez. Esto es acertado y yo mismo lo he defendido en varios artículos que no cita.

Esto, unido al hecho de que en el resto del Indoeuropeo existe o ha existido una oposición masc. / fem., coloca a las lenguas anatólicas en un plano aparte, en una situación de mayor antigüedad morfológica que el PIE o “indoeuropeo clásico” que está en la base de las demás. Es un plano lingüístico en que no existen aún el subjuntivo, el optativo, las flexiones que oponen dos temas, etc., y en que subsisten arcaísmos fonéticos, como la conservación de las laringales.

Hay, pues, dos indoeuropeos (aparte del más antiguo, no flexional, el I): el IE II, monotemático, del que procede el anatolio; y el III (el que nuestro autor llama PIE), politemático, más reciente, con grandes innovaciones comunes, como esta del femenino. De él proceden las demás lenguas: griego, germánico, indo-iranio, latín, etc.. Leyendo atentamente el libro esta parece ser la idea del autor, que por lo demás no combina la ausencia de la falta de la oposición masc. / fem. con los demás arcaísmos del IE previo al “clásico” o brugmanniano, el que yo llamo III y el PIE o, mejor, LPIE (“late protoindoeuropean”), la oposición habría surgido (cf. p. 165 ss.) en EPIE (“early protoindoeuropean”), es decir, en un estadio posterior a aquel representado por el anatolio. Un momento inicial del que el autor llama como digo PIE, yo IE III. Creo que mi terminología es más clara que la suya.

Es correcto este escalonamiento temporal, aunque en ningún momento se presenta por nuestro autor una teoría clara que, en el IE, combine la falta de género masc. / fem. a los otros arcaísmos del que yo llamo IE II, continuado por el anatolio. Esta teoría existe desde antes de él, me limito a remitir al autor a artículos varios míos en alemán e inglés; no cito mis libros publicados en español. Hoy día, la ignorancia bibliográfica hace estragos en Ciencias como la Lingüística Indoeuropea.

Creo que esto es lo principal del libro: un apoyo a la idea del gradual desarrollo del Indoeuropeo, dentro del cual y no de otra manera pueden comprenderse los hechos del hetita. Aunque sin un apoyo teórico general y con una terminología confusa.

Efectivamente, en la parte II arriba indicada el estudio del anatolio va seguido sin más del de los distintos grupos lingüísticos, desde la Antigüedad hasta nuestros días: indoiranio, griego, itálico, céltico, etc. En todos ellos hay o ha habido género masc. / fem., se concluye; y las descripciones son buenas. Aunque no se especifica

claramente que esos grupos lingüístico presuponen, como base común, un tipo especial de Indoeuropeo, el que yo llamo IE III, derivado del IE II, ya he dicho, al que en algún momento es llamado en el libro “Indoeuropeo clásico”.

Queda confirmado que el indoeuropeo de los indoeuropeístas desde Brugmann y tantos otros, no puede aspirar a otra cosa, después del descriframiento del hetita, que a ser “un” indoeuropeo relativamente reciente, no “el” indoeuropeo.

Las descripción del género en las distintas lenguas indoeuropeas, antiguas y modernas, es completa e ilustrativa. Me resulta lamentable un detalle: que el griego se de en transcripción latina. ¡Y esto en una editorial como Winter!

También es interesante la parte III, «Gender in late Proto-Indo-European» (es decir, en los comienzos del IE III, el “indoeuropeo clásico”). Importante es sobre todo el repaso del vocabulario y del género (a veces vacilante) de cada palabra; la relación del género con la semántica: los términos de parentesco, seres humanos y sobrenaturales, fauna, flora, etc. E interesante es también la parte IV, «Gender in early Proto-Indoeuropean», ya aludida: orígenes del femenino, de la concordancia, etc.

En cuanto a la parte V, "Areal and typological Aspects of Gender in PIE", p. 191 ss., hay que decir que ofrece un interesante panorama sobre el género y la falta de género en prácticamente todas las lenguas de la Tierra. Pero para el tema del género indoeuropeo, el autor lo reconoce (cf. p. 209), no se alcanzan conclusiones. Ni siquiera dentro de la familia del nostrático, donde el indoeuropeo entra en un 50% de lenguas que lo poseen, hay otro 50% que no. Y nada claro puede decirse sobre la supuesta introducción del género en Indoeuropeo a partir de otras familias de lenguas vecinas. Yo creo (y pienso que el autor también) que el desarrollo del género es un fenómeno de evolución dentro del propio Indoeuropeo.

Útiles índices completan el libro.

FRANCISCO R. ADRADOS

LORENTE FERNÁNDEZ, PAULA, *L'aspect verbal en Grec Ancien. Le choix des thèmes verbaux chez Isocrate*. Louvain-la-Neuve, Peeters, 2003. 400 pp.

El aspecto verbal constituye hoy todavía uno de los campos de la gramática del griego antiguo en el que hay menos acuerdo entre los lingüistas. La razón no es, desde luego, la falta de atención por parte de los estudiosos, pues sólo en los últimos diez años han aparecido no menos de cuatro libros, contando el presente, y muchas decenas de artículos que analizan tanto la totalidad del sistema, como detalles, usos y pasajes concretos de esta categoría verbal. Este desacuerdo ha propiciado que varios grupos de especialistas hayan tratado de recurrir a métodos pretendidamente asépticos, como la estadística, para obtener resultados que no estén predeterminados por una teoría. Entre estos intentos, es el grupo del Prof. Duhoux, de la universidad de Lovaina la Nueva, en Bélgica, el que ha realizado estudios más sistemáticos, que se han plasmado en diversos artículos, entre los cuales merecen ser señalados los de

*Syntaktika* 1994, *BSL* 1995, *Incontri Linguistici* 1999. Fruto del mismo proyecto es el libro reseñado, que fue la tesis doctoral de la autora, dirigida por el propio Prof. Duhoux. El trabajo se nos presenta como el resultado de un enorme esfuerzo de contabilidad estadística de casi quince mil formas verbales pertenecientes a un único autor, Isócrates. El objetivo es el de identificar las condiciones de uso de los temas aspectuales en relación con cincuenta variables diferentes de carácter gramatical: combinación de los temas aspectuales con otras categorías del verbo (tiempo, modo, número, persona), negación, presencia o ausencia del sujeto o de complementos, aparición en frase principal o subordinada, características de la frase principal y otras.

La organización del libro es extremadamente clara y hace gala del mismo cartesianismo que se utiliza en la aplicación del método estadístico. Comienza por una larga introducción (pp. 17-75) en la que se expone la base de la investigación; en ella se da cuenta sucesivamente, en primer lugar, de la historia de las teorías sobre el adverbio – probablemente el resumen mejor y más completo que pueda consultarse hoy en día –; de la base teórica del estudio, buscadamente reducida al mínimo; y de las características del método empleado. En el capítulo segundo (pp. 76-88) se presentan los criterios y parámetros objeto de cuantificación. En el tercer capítulo (pp. 89-140) se ofrecen las tablas numéricas con los resultados. Estas tablas se comentan por extenso en el cuarto capítulo (pp. 141-313). Vienen a continuación las conclusiones, que constituyen un amplio resumen de todo lo anterior (pp. 314-338). Tras las conclusiones se aportan cuatro anexos, que corresponden, respectivamente, a las listas de los verbos estudiados, a la distribución relativa de los verbos con un sistema aspectual completamente representado en el corpus, a unas tablas resumen de la distribución de los temas aspectuales entre los diferentes parámetros analizados y, finalmente, a tablas que resumen algunos trabajos estadísticos anteriores sobre el aspecto en diferentes selecciones de textos: Homero (Schlachter), Lisias (Duhoux) y un corpus mixto de diferentes autores áticos clásicos y postclásicos (Chanet). El libro acaba con un glosario y una abundantísima bibliografía sobre el aspecto en general, en griego antiguo, y sobre estadística lingüística.

Entre los elementos más interesantes de este libro ha de citarse, en primer lugar, las propias metas que se marca, en la medida en que se trata de aportar datos objetivos a una discusión, la del aspecto griego, que muchas veces se queda en la contraposición de teorías sin apoyo amplio en los textos. En segundo lugar, el planteamiento del trabajo, sobre todo en lo que concierne a los parámetros cuyos resultados se han cruzado: muchos de ellos constituyen rasgos sintácticos que se muestran, efectivamente relevantes a la hora de reconocer una determinada distribución de los temas aspectuales. En tercer lugar, la enorme cantidad de datos analizados y, en consecuencia, el volumen inmenso de resultados estadísticos, que quedan abiertos a explotaciones posteriores como una base permanente de carácter descriptivo, independientemente de los análisis teóricos a que se les someta. En cuarto lugar, el enorme rigor con que se aplica el método estadístico, aquilatando los datos que pueden ser verdaderamente objeto de análisis – todos de un mismo autor, sólo aquellos verbos en los

que pueda encontrarse en la obra de Isócrates el uso de al menos dos temas aspectuales diferentes – y sometiendo las cifras en bruto siempre al llamado “test del Chi cuadrado” o “de Pearson”, que permite determinar la relevancia real de las diferencias numéricas descubiertas. En quinto lugar, la extremada prudencia de la autora a la hora de establecer la validez de sus resultados; una y otra vez se nos repite que éstos sólo son válidos para el corpus analizado y que no pueden extrapolarse sin más a otros conjuntos de datos. Finalmente, la propia validez de muchos de los resultados. Algunos coinciden con observaciones o propuestas anteriores, como es la mayor frecuencia con que se utiliza el tema de presente en usos absolutos, frente a la preferencia del aoristo por los usos con complemento (pp. 206-213), tal y como ya se había notado, por ejemplo, para Platón (E. Oréal en B. Jacuinod (ed.) *Études sur l’aspect chez Platon*, Saint-Étienne, 2000); o el mayor uso del tema de presente, frente al aoristo, en contextos negados (pp. 179-182), que coincide con lo que, se había propuesto para los textos de Heródoto (H. Hettrich *Kontext und Aspekt in der altgriechischen Prosa Herodots*, Gotinga, 1976). En otros casos se trata de datos nuevos, no siempre relacionados directamente con el aspecto; entre ellos, a mi juicio, pueden tener interés por tratarse de fenómenos sintácticos no conocidos hasta el momento los siguientes: el imperfecto, a pesar de ser tema de presente, se utiliza más con complemento que sin él (pp. 212-213); las formas proverbiales se dan más en tiempos del pasado que del presente (pp. 234-250); el complemento tiende a elidirse más en contextos de subordinación que en frases principales (p. 211); con más frecuencia que lo contrario la oración principal y la subordinada aparecen en el mismo tema aspectual (p. ej., pp. 223-233; 265-268; 275-279; 288-293). Es imposible entrar en una discusión de todos estos datos, pero puede decirse que aportan información interesante, susceptible, además, de ser interpretada desde otras concepciones de las oposiciones aspectuales y desde análisis que tengan en cuenta la pragmática.

Junto a todos estos aspectos claramente positivos, hay otros que merecen al menos una reflexión más reposada. En primer lugar, desde un punto de vista metodológico, hay variables cuya relevancia para el estudio del aspecto parece, en principio, dudosa: ¿es verdaderamente interesante la distribución de los aspectos en función de la persona y el número gramaticales (pp. 155-173)? ¿No habría que tener en cuenta factores contextuales, como el tipo de contenido de los discursos y si predominan, por ejemplo, los relatos o las impresiones personales? En el primer caso habrá sin duda más usos de verbos en tercera persona; en el segundo, probablemente de la primera, y en ninguno de los dos casos la mayor o menor combinación de un tema aspectual con un número o una persona será el resultado de un fenómeno de sistema, sino de uso. Tampoco parece absolutamente pertinente el buscar condiciones de distribución entre los temas aspectuales y el hecho de que un verbo desarrolle o no todo el paradigma aspectual (pp. 275-278). En este sentido, parece excesivo y no muy apropiado tomar en cuenta exclusivamente los datos del corpus: ¿acaso es relevante que Isócrates no presente todos los temas de verbos como ἀγείρω, νομίζω o τύπτω, mientras que sí presenta los de ἄγω, νέμω o τρίβω, junto con otros incluso más raros como ἀπηνίζω o παρρησιάζομαι? La presencia o no de todos los temas aspectuales

en un corpus cerrado procede en gran medida del azar, sin que nada nos permita suponer que en el sistema gramatical utilizado por Isócrates no existieran las formas no atestiguadas. Los argumentos *ex silentio* no son válidos cuando describimos un sistema lingüístico sobre el que no tenemos competencia plena.

En el terreno de la presentación de argumentos, se echa de menos a veces la ejemplificación sobre datos concretos. En todo el libro no se ofrece un solo ejemplo o frase griega, aunque habría sido útil saber, por ejemplo, si la ausencia o presencia de sujeto, relacionada, según la autora, en algunos casos – no en todos – con la presencia o ausencia de complemento que pudiera equilibrar la frase, se da efectivamente en las mismas frases; cuáles los tipos de oraciones subordinadas que la autora considera dentro de cada uno de los epígrafes tradicionales – completivas, relativas y adverbiales –, únicos con los que opera, etc.

Más importantes, son sin embargo, las cuestiones de carácter teórico. Parece discutible, para empezar, que desde la primera página y contra toda evidencia se asuma que el aspecto verbal griego es una categoría lingüística “qui dans cette langue se réalise d’une façon particulière et, dès lors, différente de celle d’autres langues” (p. 17). De hecho, los temas aspectuales griegos se corresponden de forma muy precisa con los de otras lenguas indoeuropeas y, por otro lado, las posibilidades tipológicas de desarrollo de estas categoría sabemos también que son limitadas (cf. B. Comrie *Aspect*, Cambridge, 1976), por lo que el punto de partida debería haber sido justo el contrario, es decir, que una lengua posee rasgos diferentes sólo cuando se demuestra que es así.

No menos discutible es que el punto de partida para analizar el sistema aspectual sea el más tradicional del estructuralismo, es decir, aquel que reconoce elementos marcados y no marcados, lo que lleva a la autora, antes de comenzar su propio análisis, a asumir que los temas de presente y perfecto son “fuertes”, es decir, marcados, frente al aoristo, que sería “débil” o no marcado (pp. 59-61). Hace ya tiempo que los estudios sobre las categorías verbales de las lenguas indoeuropeas han superado estos esquemas, que sí son válidos para otros campos, como la fonología, para buscar otro tipo de organización de sistemas sobre la base de oposiciones equipolentes – para utilizar la terminología de la propia teoría – y organizaciones de tipo prototípico.

Sorprende también que no se haya recurrido a hipótesis lingüísticas más modernas a la hora de tratar aspectos relacionados con el uso de las formas lingüísticas en función de las intenciones del autor griego. Recurrir a estas alturas a fenómenos de “énfasis”, de obtención de “vivacidad” en el relato, de “expresividad” como justificación de determinados usos y sin mayor precisión remite las explicaciones al terreno de lo improbable. Sería aconsejable, en cambio, tener en cuenta teorías ampliamente desarrolladas en la actualidad, como la pragmática, la de la relevancia informativa o los principios de la narratología que han permitido entender en términos científicos falsables fenómenos que antes quedaban en el vago terreno de la “psicología del autor”.

Con todo, quizá el aspecto más discutible lo constituya el principio básico que ilustra la mayor parte de las explicaciones de los resultados estadísticos, a saber, que las diferentes distribuciones de los temas aspectuales responden a una forma de equilibrio interno de la lengua entre elementos marcados y no marcados. Rasgos como la preferencia de la combinación del tema de presente con el modo imperativo, con el número plural o con la primera persona se explicarían como el resultado de la combinación de elementos marcados, frente a la afinidad entre no marcados que se da con el aoristo y el indicativo, el número singular, y la tercera persona, por poner un ejemplo. Aparte de que la hipótesis queda sin demostrar y sólo como una propuesta, es que otros casos la desmienten, como reconoce la autora: la presencia del sujeto explícito –rasgo pragmáticamente marcado donde los haya en una lengua como el griego– sobre todo con el pasado, teóricamente el tiempo no marcado; la explicación sería que de este modo se trae a la memoria el actante principal de un hecho realizado hace tiempo y quizá algo olvidado (p. 224). El tema de perfecto, teóricamente marcado, no se utiliza con primera persona porque ya estaría suficientemente marcado como tema (p. 318) (¿no se podría decir lo mismo de otros casos de combinación de dos elementos marcados?). Un último ejemplo: el imperfecto, como tiempo pasado (no marcado) y aspecto presente (marcado), puede tener todo tipo de usos según prime uno u otro rasgo, aunque no se determina en qué condiciones sucede cada cosa (pp. 319-320). Las explicaciones de las razones de la preferencia del aoristo por el participio en nominativo (¿que se presenta como forma casual no marcada! (p. 176)), del presente por las formas articulares del infinitivo, de los diferentes temas por los distintos tipos de subordinadas, siguen estas mismas líneas. En suma, el resultado de este procedimiento de justificación de los datos, utilizado sistemáticamente en todos los análisis, es una extremada maleabilidad de los argumentos: sirve para explicar determinados resultados y sus contrarios.

En definitiva, el libro de P. Lorente es soberbio en el terreno descriptivo, pues nos ofrece un conjunto riquísimo de datos, que en parte confirman otros conocidos y en parte son absolutamente nuevos con respecto a la distribución del aspecto en griego antiguo; por otra parte, es un verdadero ejemplo de pulcritud en el uso de la estadística con fines de análisis lingüístico. Sólo estos dos rasgos justificarían con creces el trabajo. Por el contrario, el análisis que se hace de los resultados es discutible, a mi juicio, en numerosos puntos, desde la concepción radicalmente estructuralista de los sistemas morfosintácticos, hasta la hipótesis, central en su estudio, de que la distribución de los temas aspectuales responde a un juego de equilibrios entre rasgos marcados y no marcados, para cuya combinación de una forma u otra no se ofrece propuesta alguna. Todo ello queda muy cerca del ámbito de la elucubración.

JESÚS DE LA VILLA